

EL ABUSO

Lo vio pasar. Con su cara perruna y aire de señorita ofendida.

- ¡Canalla! Te partiría el corazón. Por eso, por canalla.
- ¿Hablando solo, Felipe?
- No, sólo pensaba que mientras el capataz Crespo vive como todo un burgués, los míos se mueren de hambre y de necesidad.
- Dile a Crespo que te dé trabajo, un empleo cualquiera, en o fuera de la fábrica.
- Precisamente trabajaba para él y me corrió como si fuera un apestado.
- ¿Por qué?
- Porque descubrí su juego y le grité en la cara y delante de todos que era un cínico y gran explotador de todos los obreros. Por eso me echó. Te juro, Indalecio, que esa fiera va a pagar bien caro por el daño que está haciendo a la clase obrera. Un día ... Un día de estos lo voy a ...
- Hombre, piensa en tu familia y olvídate de rencores, esto no conduce a nada.
- ¡Bah! El mundo es una porquería, pura basura.

Se encaminó hacia su ranchito. Mientras, daba rienda suelta a sus pensamientos. Algunos tienen de sobra, otros nada. ¡Qué mal dividido está el capital! Unos lo tienen todo, ellos ... ¿Qué tenían ellos? Ni siquiera qué comer.

— ¡Bah! El mundo es una porquería, pura basura.

Se detuvo frente al río. Contempló el hermoso charco negriazul. Sintió una sensación de frescura, de paz. Aspiró todo el aroma que provenía de la madre naturaleza. Olor a tomillo, a pomarrosas, a naturaleza virgen. A ésa que no sabe de rencores ni de odios y que permanece muda ante la injusticia del hombre porque en sus manos no está la solución.

Se sintió mejor. Después de todo había que continuar la lucha contra una señora llamada Sociedad Indiferente.

Oscurecía. La noche se aproximaba. Iba esparciendo su negra sábana sobre los montes. Aquéllos que lo habían visto sufrir, luchar, padecer. ¡Cuán bella y espléndida es la naturaleza! ¡Cómo ayuda a suavizar los negros y malos pensamientos! ¡Cómo sonrío a todo aquél que busca paz! Es como una madre que abre sus brazos y brinda su regazo a todo el que lo necesita.

— Se ha hecho tarde.

Regresó a su casa. Sintió un malestar en el estómago de sólo pensar en su hogar. ¿Era acaso, aquel lóbrego y triste lugar, su hogar? No. Aquello era la estampa viva de la

pobreza, la miseria, el hambre y la desolación.

— ¡Bah! El mundo es una porquería, pura basura.

Contempló desde el umbral un cuadro deprimente. Sus hijos parecían montoncitos de huesos, ojos hundidos y sin expresión. Leía en ellos una interrogante. No hablaban. ¿Para qué? No podían darse el lujo de gastar las pocas energías que le restaban. Uno de ellos balbuceó:

— ¿Encontraste trabajo, Pa?

— Sí.

Mintió para alegrar aquella carita inocente.

— ¡Qué bueno, Pa! Ahora sí podrás traernos comida. ¿Verdad?

El resto de la montoncitos cobraron vida. Se movieron cómo débiles árboles ante la furia del vendaval.

— Vente a comer, Felipe.

— ¡Bah! Para lo que había qué comer. Una sopa rala y de mala muerte. ¿Era aquello comida?

Se acostó. Imposible dormir. Pensó humillarse, arrastrarse, pedir perdón si fuera preciso para recuperar el empleo. Sí, lo haría. No por él, sino por aquellos tres montoncitos de huesos que eran su propia vida.

Amaneció. Se levantó decidido. Tomó el machete, un machete afilado y reluciente. Se encaminó a la fábrica. Apretaba el machete fuertemente.

— ¿Qué haces aquí, Felipe? Te eché una vez y no deseo verte nunca más por estos contornos.

— ¡Por favor! ¡Olvide lo que hice y dije la vez anterior! Quiero reintegrarme al trabajo. ¡Se lo suplico!

Se arrodilló frente a Crespo. Suplicando. Implorando.

— ¡Por favor, deme el trabajo!
Mis hijos se mueren de hambre.

— Levántate, infeliz, perro sarnoso, y uniendo la acción a la palabra levantó su dura y pesada bota y la estrelló en el rostro de Felipe.

Éste se puso lentamente de pie, fijó sus ojos acerados e inyectados en sangre en las pupilas de aquél. Temblaba como una hoja ante el huracán. Apenas podía respirar. Su pecho subía y bajaba bruscamente.

— ¡Ahora verás, animal!

Levantó el machete con increíble velocidad.
¡Zas! ¡Zas! Abrió una herida larga, honda, ancha en la mejilla de Crespo. La sangre corría por su cuerpo, caía al piso, hacía

caminos pintándolo todo de rojo.

La mano derecha de Crespo bajaba con dificultad hasta dar con algo frío, argentado. Luego el silencio. Silencio de camposanto. Disparos. Un cuerpo cae, se desploma.

– El mundo es una por-que-rí-a, pu-ra ba...

Por Evalina Santiago Sepúlveda